

"NUEVA FRONTERA" EN BONN

WILLY EL SEDUCTOR

WILLY Brandt —53 años, antiguo alcalde de Berlín-oeste y nuevo ministro de Asuntos Exteriores de la República Federal Alemana— ha sido, indiscutiblemente, el hombre de la sesión atlántica, la última que, por voluntad del general De Gaulle, se ha celebrado en París. Los que le han seguido durante su estancia en Francia se muestran unánimes: Willy Brandt se encuentra a gusto en el terreno de la diplomacia internacional.

Como alcalde de Berlín, ese foco siempre «caliente» del mundo, había tenido ocasión de entrevistarse con muchos políticos de la escena internacional. Su mejor recuerdo son sus entrevistas con J. F. Kennedy, que dijo de él a sus consejeros: «Por fin, hay un alemán más simpático que los otros...».

Efectivamente, Willy Brandt cae bien y él lo sabe: «Parece que en París —confió a ciertos amigos suyos— no tenían muchas simpatías por mi ptecesor, Schröder. Espero que seré mejor acogido». Y Couve de Murville lo recibió con una larga sonrisa y el general De Gaulle lo cubrió de honores. «Todo ha ido bien», declaró Brandt a su regreso.

un hijo ilegítimo

¿Quién es este hombre que en los años próximos tendrá que elaborar y dirigir la política exterior de su país y que dice de sí mismo que «nada le recomendaba para ese puesto»? Willy Brandt, cuyo verdadero nombre es Herbert Frahm, es hijo ilegítimo —«Lo que no puede más que inspirar horror a cualquier alemán que se respete», según ha dicho un



«Por fin, hay un alemán más simpático que los otros», comentó J. F. Kennedy después de conocer a W. Brandt durante su viaje a Berlín en 1963. Ahora, a pesar de ser «hijo ilegítimo», ha sido la vedette de la última sesión parisina de la NATO.

dirigente demócrata-cristiano— y nació en Lübeck. Fue educado por su abuelo, obrero agrícola, más tarde chófer de camión y que siempre había sido militante socialista.

Muy pronto, Herbert Frahm se adhirió a las juventudes socialistas y más tarde al partido social-demócrata (S. P. D.) para terminar afiliándose, en 1931, al partido socialista obrero nacido de una escisión del S. P. D., al que acusó poco después de capitular ante el nazismo por negarse a formar frente común con los comunistas.

En 1933, la lucha clandestina comenzó en Alemania. Frahm tomó el nombre de guerra de Willy Brandt. Perseguido, se refugió en Francia y visitó España como periodista. Siempre buscado por la Gestapo, terminó por marchar a Noruega, donde se naturalizó y se enroló en el ejército de aquel país. Al llegar la paz, siguió como periodista el proceso de Nuremberg. Después, marchó a Berlín donde fue nombrado alcalde. Finalmente, fue elegido presidente de S. P. D.

En la Alemania de Konrad Adenauer, en aquel ambiente de «restauración», Willy Brandt fue objeto de ataques e injurias de una extrema violencia. Cuando en 1947 volvió a nacionalizarse alemán, sus enemigos, olvidando que el uniforme del Reich no había sido demasiado glorioso, le reprocharon haber vestido el uniforme noruego, lo que era exacto, y le acusaron de haberse batido contra Alemania con las armas en la mano, que no era cierto de ningún modo. Pero el ciudadano alemán medio, que no entendía de «historias de emigración» y que entendía mal que se le pudiera separar de la «suerte de su país», encontró sospechoso a este po-



lítico «que estaba contra nosotros». Una parte de la prensa agitó el «escándalo supremo»: en su casa, Brandt hablaba el noruego con su mujer, Rut, a la que había conocido en Noruega.

Willy Brandt sabe que no tiene por qué sonrojarse de su pasado y lo dice, pero declara haber sufrido terriblemente con las sórdidas campañas y amenazas de que fue objeto. Esto explica, sin duda, en parte la decidida energía con la que se presentó ante todos —y en particular a las «personas de orden»— como un socialista juicioso que ha roto con el «pasado tumultuoso» que se le reprochaba. Ahora que es vicecanciller y ministro de Asuntos Exteriores, Willy Brandt, al decir de sus amigos, tiene todavía que seguir luchando para hacerse aceptar por el pueblo alemán.

con Kennedy

Y ya ha comenzado a hacerlo. Se ha declarado anticomunista decidido y el partido social-demócrata, que preside, se ha dejado absorber por el ambiente muelle de Bonn y ha renunciado, de hecho y de palabra, a toda reivindicación de inspiración socialista. «Nada nos hará volver a las prácticas ni al vocabulario utópicos», dicen.

Bien. Pero, en el dominio de la política exterior, ¿qué se puede esperar de Willy Brandt? Su ambición, muchas veces declarada, es trazar una «nueva frontera» a la política alemana. Brandt que siente grandes afinidades con el presidente Kenne-

dy, imita deliberadamente sus gestos y su vocabulario: «Es cierto —dice— que Kennedy intentó trazar un nuevo horizonte a la humanidad...».

¿Un nuevo horizonte? En París, Willy Brandt, en sus declaraciones y en sus conversaciones, parecía albergar una obsesión: «Queremos la paz —repetió incansablemente— y estamos dispuestos a probarlo con nuestros actos». Fue él quien sugirió y consiguió que, en su declaración gubernamental, el canciller Kiesinger reconociera la no validez de los acuerdos de Munich de 1938; fue también quien hizo insertar en esa declaración que la República Federal no buscaría «ni la disposición ni la posesión» de armas nucleares: «El mundo debe saber —dijo en París y, particularmente, a Couve de Murville— que Alemania carece de ambiciones nucleares».

«Os he comprendido»

«¿Es usted gaullista?» —preguntaron en París a Willy Brandt. Sonrió. Es cierto —y no se oculta de decirlo— que, en un cierto aspecto le seduce la «hipótesis de trabajo» del general De Gaulle. Está convencido, como De Gaulle mismo, que la reunificación de Alemania, si alguna vez se realiza, no podrá conseguirse más que en un clima de «détente» internacional.

Su desecho es ir lo más pronto posible a Moscú para convencer a los dirigentes soviéticos. ¿Será invitado? Parece estar persuadido de ello y alude, a este respecto, a «la prudente

acogida, de ninguna manera hostil» que Moscú ha reservado a la declaración de propósitos del nuevo gobierno de Bonn. El embajador soviético en esta capital, Zarakin, acogió muy calurosamente el nombramiento de Brandt. Lo que éste —incitado por De Gaulle— quiere obtener a todo precio es un «deshielo» de las relaciones entre Alemania occidental, Polonia y Checoslovaquia. Pero no se hace demasiadas ilusiones. ¿Cuándo, cómo y en qué condiciones el gobierno de Bonn reconocerá la frontera Oder-Neisse? Por ahora, Brandt se muestra prudente, pero está convencido de que sólo se hará al precio de «revisiones desgarradoras».

Willy Brandt se ha fijado un objetivo más próximo: deshacer el «desacuerdo» entre Bonn y París. Sobre este punto ha comprendido que no sería buena política reclamar lo imposible. Por eso, para preparar el terreno había pedido y conseguido que antes de su viaje a París fuera arreglado en parte el «contencioso» franco-alemán. A Couve de Murville le entregó un «regalo» que fue muy apreciado por el general De Gaulle: los 60.000 soldados franceses estacionados en territorio de la República Federal permanecerán allí si el gobierno de Bonn no tiene inconveniente en ello y partirán si así lo quiere De Gaulle. No se trata de la «integración» de las fuerzas francesas en las de la O. T. A. N. ni de ninguna obligación particular. Brandt parece decir a De Gaulle: «Os he comprendido». El general había dejado entender claramente que estaba decidido, a la menor dificultad, a

llamar a las tropas francesas de Alemania.

una larga marcha

Existe, sin duda, un nuevo tono en la política alemana: se habla de «conciliación» con Francia, se sostiene la «détente» con el Este y se hacen algunas concesiones, aunque pequeñas. ¿Dónde se situará la «nueva frontera»? «Esperamos a Willy Brandt a la vuelta», decían en París. La «vuelta» son, si puede decirse así, las relaciones con Estados Unidos.

Hay interés en ver en qué medida el gobierno alemán está dispuesto a «tomar distancia» respecto de Estados Unidos. Ahora bien, si Willy Brandt declara, a quien quiera escucharlo, que la «seguridad» de la República Federal depende todavía de los Estados Unidos, no es menos consciente de las «posibilidades de autonomía» que ofrecería a la Alemania del Oeste una situación en la que Moscú ya no apareciera, ni siquiera en Bonn, como «el lobo feroz». Pero para que esta nueva situación se haga realidad parece necesaria todavía una larga labor. Se encuentra lejos, muy lejos aún, la «nueva frontera», pero no es imposible que Brandt desee emprender el largo camino que conducirá a ella. Así, por primera vez desde que existe la República Federal, parece posible albergar una esperanza, ya que nadie puede poner en duda la voluntad de paz de Willy Brandt, nuevo ministro de Asuntos Exteriores de Bonn.

GERARD SANDOZ

(Fotos Archivo)